

# INTERVENCIÓN SOCIAL CON MUJERES MIGRANTES: EL CASO DE LAS MUJERES MARROQUÍES QUE TRABAJAN EN LA INDUSTRIA DEL SEXO EN ALMERÍA

PILAR RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

*Universidad de Almería*<sup>1</sup>

FÁTIMA LAHBABI

*Universidad de Toulouse*

## RESUMEN

*La participación de las mujeres migrantes en la industria del sexo en Almería ha aumentado sensiblemente en los últimos años. En el presente artículo revisamos los planteamientos tradicionales sobre las mujeres y el Estado de Bienestar para destacar la necesidad de incluir a las mujeres migrantes en estos análisis. En concreto, expondremos seis focos de malestar que hemos detectado en este grupo de mujeres (el relacionado con la ley de extranjería, con las condiciones sanitarias, condiciones de trabajo, la dificultad de acceso a otros mercados de trabajo, problemas con los hijos, compañeros y clientes y los derivados del estigma social) y que demandan una intervención social.*

**PALABRAS CLAVES:** *Intervención social, Mujer inmigrante marroquí, Industria del sexo en Almería.*

## ABSTRACT

*Participation of migrant women in Almeria's sex industry has increased noticeably in recent years. In this article we revise the traditional conceptions about women and the welfare state to highlight the necessity of including migrant women in welfare state analysis. Basically, we put forward six problem areas causing unrest in this group of women related to: the spanish migration laws, sanitary conditions, work conditions, problems with accessibility of other types of work, problems with dependents, partners and clients and problems of stigmatization. In our opinion, these six problem areas require social intervention.*

**KEY WORDS:** *Social Intervention, Immigrant women from Marrocco, Sex Industry in Almeria.*

## INTRODUCCIÓN

*«...una de las cosas más hermosas que he observado en nosotras, las prostitutas, es que siempre estamos dispuestas a reír, aún en los momentos más tristes» (Ulla, 1976:190).*

En el presente artículo pretendemos abordar algunas cuestiones relacionadas con la intervención con trabajadoras del sexo migrantes desde la perspectiva de la sociología del género. Para ello, lo primero que hay que aclarar es que, aunque somos sociólogas y no trabajadoras sociales, consideramos que es necesario profundizar en las implicaciones de nuestras investigaciones de cara a la planificación e intervención social. En este aspecto, coincidimos con Hierro y Vázquez, cuando señalan que uno de los fines del trabajo social ha sido siempre, y es, suplir los desajustes sociales (Hierro y Vázquez, 1999: 28). Si se quiere, esa podría ser también la razón de ser de la Sociología que, desde sus inicios, reivindicó

<sup>1</sup> [pilarr@ual.es](mailto:pilarr@ual.es), [fatimalah@wanadoo.fr](mailto:fatimalah@wanadoo.fr)

su vocación fundamental de reforma social.

Nuestra aproximación a esta industria del sexo se produjo a partir de nuestro trabajo de campo sobre la población migrante femenina de procedencia marroquí en Almería. A partir de nuestro contacto con mujeres migrantes descubrimos algo que incluso la guardia civil<sup>2</sup> ya conocía aunque no fuera en las dimensiones que suelen interesar a los científicos sociales: el enorme desarrollo de la participación de las mujeres migrantes en el mercado del sexo. El presente trabajo pretende dar cuenta de algunos aspectos relevantes que han surgido a partir de treinta entrevistas con mujeres marroquíes que trabajan en la prostitución en Almería<sup>3</sup>.

En Almería la industria del sexo se ha desarrollado enormemente en los últimos años. El fuerte desarrollo económico unido a la carencia de puestos de trabajo para las mujeres migrantes, particularmente las indocumentadas, han hecho que se conjuguen oferta y demanda en unos mercados del sexo pujantes, flexibles, heterogéneos y fuertemente jerarquizados por la nacionalidad de origen de las trabajadoras sexuales. Pero quizá el lector/a pueda entender mejor de lo que hablamos si describimos uno de nuestros primeros contactos con esta «pequeña» industria en febrero del 2001:

*Hemos ido a visitar los alojamientos de los migrantes marroquíes en el poniente almeriense. Al llegar a un grupo de chabolas nos reciben dos jóvenes magrebíes, a los que pronto se suman otros. Les preguntamos por sus condiciones de vida y de trabajo. Cuentan que tienen muchos problemas: hay organizaciones y personas concretas que les están cobrando dinero por arreglarles los papeles; en el Hospital del Poniente les recetan aspirinas para casi todo; no tienen agua corriente en sus viviendas; no les permiten entrar a determinados locales de diversión. Les preguntamos si tienen novia y contestan que las españolas no quieren relacionarse con inmigrantes después de los sucesos del Ejido. Al fin nos cuentan que cerca de ellos hay una casa donde varias chicas marroquíes trabajan los fines de semana. Nos acompañan a esa casa para presentarnos a la chica marroquí, Malika, que nos recibe acompañada de su novio. Efectivamente allí trabajan varias jóvenes los fines de semana. Al preguntarle a Malika cómo empezó a desempeñar este trabajo, nos relata que ella llegó en Patera a España. Empezó a trabajar en el servicio doméstico en El Ejido, donde le pagaban 40.000 pesetas al mes. El piso donde vivía le costaba 45.000. De manera que ya tenéis la razón de por qué empecé a trabajar en la prostitución, nos dice. El compañero de Malika nos*

<sup>2</sup> Según se publica en el País del 4 de marzo del 2001, «La Guardia Civil puso en marcha durante el año 2000 la directiva 3/2000, a la vista de los datos de un estudio durante el año anterior. Por primera vez, un cuerpo policial había dedicado tiempo y medios para tratar de contabilizar el fenómeno de la prostitución en su ámbito de actuación, que representa el 90% del territorio nacional, donde vive el 40,5% de la población española. Los datos de ese primer informe destacaban la existencia de 953 clubes donde trabajaban 9.590 prostitutas. La directiva movilizaba a la Guardia Civil a la hora de intervenir más activamente sobre este fenómeno ‘realizando inspecciones frecuentes y sistemáticas en los clubes, sin esperar a que hubiera denuncia ni sospecha de infracciones o delitos’. El cumplimiento de la directiva significó un total de 1.573 actuaciones, muchas de ellas de pura rutina pero permitió observar con más detalle cómo progresaba el fenómeno: en el año 2000 el número de clubes censados bajó a 890, pero el número de prostitutas contabilizadas ascendió a 14.089. Se desarticularon 37 redes, 17 más que en 1999. Un dato resultaba muy significativo: 12.804 prostitutas eran extranjeras, es decir, el 90% del total contabilizado».

<sup>3</sup> Sólo algunas de las entrevistas han sido grabadas. Por lo general, las mujeres que trabajan en la industria del sexo no quieren que se tome constancia de su voz. La falta de documentación, unida al hecho de que se está trabajando en un mercado informal, dificultan el poder hablar con libertad. Por lo general, las mujeres que tienen menos inconveniente a ser entrevistadas son las que tienen un nivel de estudios más alto y provienen de un medio urbano.

<sup>4</sup> En los países occidentales, la socialdemocracia defendió tradicionalmente la implementación del Estado

*explica que la situación de las mujeres migrantes no es comparable a la de los hombres, pues ellas tienen más problemas que ellos en el proceso migratorio. Al preguntarles si creían que era necesaria una asociación de mujeres nos contestan que sí. De hecho, Malika nos da su teléfono por si nos poníamos en contacto con alguna asociación.*

Hay que decir que aunque Malika y su novio expresaban abiertamente la necesidad de que las mujeres migrantes se organizaran, e incluso, la necesidad de intervención de los servicios sociales, no es esa la respuesta de la mayoría de mujeres que hemos entrevistado. Entre estas mujeres predomina el miedo y el silencio. Un silencio pastoso que denota un malestar profundo, resultado -creemos- de una mezcla de dolor y de vergüenza. El dolor que proviene de estar ejerciendo una profesión para la que no han sido socializadas, en unas pésimas condiciones de trabajo, y el silencio que produce el desarraigo y la fuerte estigmatización social.

En las numerosas conversaciones que hemos mantenido con las trabajadoras del sexo, miembros de ongs y servicios sociales, hay un algo común: nadie sabe qué se puede hacer, ni quién debería hacerlo. Ni siquiera está claro que haya que hacer algo. En las actuales circunstancias, los medios de comunicación parecen estar construyendo la imagen de mujer inmigrante asociada a mujer prostituta.

Por nuestra parte, creemos que es posible proponer algún tipo de discusión sobre las posibilidades de la intervención social, revisando el modelo de intervención con las mujeres y particularmente con las mujeres migrantes. Como señalan las participantes en las ongs de apoyo a las trabajadoras sexuales, la primera cuestión es poner sobre la mesa nuestras propias concepciones y prejuicios. Pues sólo a partir de esa base se podrá llevar a cabo algún tipo de intervención que consiga ir más allá del mero desgarramiento de vestiduras ante un tema que parece insoportable.

## MUJERES MIGRANTES Y ESTADO DE BIENESTAR

Como señalan Gautier y Heinen, el Estado de Bienestar es la estructura social y política que rige las intervenciones sociales. Las políticas sociales son los procesos administrativos y políticos que influyen en las estructuras sociales y las condiciones de vida (Gautier y Heinen, 1993: 12). En lo concreto, para plantear el asunto de la intervención social con mujeres migrantes hay que tener en cuenta dos aspectos: por un lado, los planteamientos respecto al Estado de Bienestar y las mujeres; y, por otro lado, la cuestión de la intervención con poblaciones migrantes.

Los planteamientos sobre el Estado de Bienestar<sup>4</sup> y las mujeres desde una perspectiva de género datan de los años setenta. La pregunta central que se ha tratado de abordar sería la siguiente: ¿cuál es la relación entre las mujeres y el Estado de Bienestar? ¿Se puede decir que el Estado actúa a favor de la igualdad entre los sexos o, por el contrario, contribuye a mantener las desigualdades entre hombres y mujeres?. Para muchas feministas, plantearse una revisión de la relación entre mujeres y Estado de Bienestar significaba plantearse la relación entre el Estado del Bienestar y la igualdad. Se trataba de saber hasta qué punto los Estados contribuían -y cómo- a mejorar la situación del colectivo de las mujeres, tanto en lo que se refiere a su acceso a los recursos materiales, como en lo que se refiere al reconocimiento social<sup>5</sup>.

En los setenta y una buena parte de los ochenta, la relación entre mujeres y Estado del Bienestar se planteaba por lo menos de cuatro modos: desde el feminismo liberal, el Estado era el soporte de la igualdad; desde el feminismo marxista, el Estado era funcional para el capitalismo; desde la perspectiva radical, el Estado era una institución patriarcal<sup>6</sup>. Y, por último, desde la perspectiva del feminismo socialista, el Estado era capitalista y patriarcal. La izquierda, y particularmente las feministas marxistas de los setenta, atacaron al Estado juzgando que era una institución burocrática que servía a los intereses del capitalismo y del patriarcado.

A la larga, los planteamientos más radicales sobre el Estado se aparcaron. En occidente las mujeres irrumpieron en la esfera pública en parte debido al desarrollo económico que permitió la expansión de los empleos públicos y, en parte, a través del empuje dado por el Movimiento Feminista (Hernes, 1990: 23). Como consecuencia, muchas mujeres se incorporaron como trabajadoras al sector servicios, y particularmente en el sector público. La implantación de la igualdad de género a través de políticas de discriminación positiva ha sido desarrollada en relación con este sistema. Hoy día, el feminismo de Estado es identificado con la utilización de sistemas de cupos y especialmente con normas para una discriminación positiva, lo que causa un abanico considerable de debates y posiciones<sup>7</sup>.

Ciertamente, a partir de las iniciativas públicas (creación del Instituto de la Mujer, por ejemplo), se podría empezar a hablar de una femocracia embrionaria, es decir, del desarrollo de políticas que pretenden hacerse eco de las demandas de las mujeres<sup>8</sup>. Pero, ¿de qué mujeres? Hasta ahora nos hemos referido exclusivamente a las mujeres que son ciudadanas del Estado Español. Para hablar de la relación de las mujeres migrantes con el Estado de Bienestar hay que aludir específicamente a la Ley de Extranjería.

Para empezar, hay que señalar que aunque aparentemente la ley no discrimina por sexo, lo cierto es que ayuda a configurar un modelo de «sociedad» en la que sólo son sujetos reales de derecho las personas que individualmente se insertan en el mercado laboral. El resto de migrantes se supone que vienen como ‘reagrupación familiar’. Al despreciar la posibilidad de que tengan derechos individuales a permanecer y buscar trabajo las personas que no disponen de un contrato de trabajo, se contribuye a presentar como sujetos dependientes a toda aquella persona que centra sus actividades en la esfera reproductiva. Como sabemos, esas personas son principalmente mujeres<sup>9</sup>.

Pero es que, además, la ley no reconoce ningún tipo de derechos sociales a las personas migrantes que no cuentan con un permiso de residencia. A nuestro juicio, este es el principal

de Bienestar. Tras la segunda Guerra Mundial, los gobiernos aumentaron el gasto público, llegando incluso a endeudarse con el fin de obtener un doble objetivo, por un lado, un crecimiento económico y, por otro, una relativa redistribución de la renta, a través de subvenciones y extensos programas de servicios sociales. Crecimiento económico y mayor legitimidad social eran las dos bases del Estado de Bienestar.

<sup>5</sup> En este aspecto, hay que señalar que las denominadas feministas de la igualdad han desarrollado más los aspectos relacionados con los recursos materiales mientras que las feministas de la diferencia se han centrado en lo que tiene que ver con el reconocimiento social de las actividades y de los valores que protagonizan las mujeres.

<sup>6</sup> Para ver la posición del feminismo liberal, se puede revisar el conocido libro de Betty Friedan, *La mística de la feminidad*. Para el feminismo radical, es de interés el segundo capítulo de *Política Sexual* de Kate Millett. Para el feminismo marxista y socialista se puede revisar el libro de Eisenstein (Comp.), *Patriarcado Capitalista y Feminismo Socialista*.

<sup>7</sup> Las políticas de igualdad apuntan a dar a la mujer acceso al desempeño de roles de decisión y ejecución en las diferentes esferas de la vida pública y capacitándola a ejercer sus derechos como ciudadana. Están explícitamente

escollo que tiene que afrontar cualquier trabajador social que trate de poner en práctica una política social que se desarrolle con migrantes. Pues no es del todo coherente considerar que se pueden llevar a cabo políticas de integración con migrantes ‘sin papeles’. Bien se plantee como tarea encomendada a los servicios sociales o bien se señale la necesidad de desarrollar unos servicios paralelos destinados exclusivamente a la población migrante<sup>10</sup>. El asunto de la falta de documentación requiere decidir si se considera o no sujetos de derechos sociales a las personas que residen en este territorio. Si las mujeres migrantes ‘sin papeles’ no se consideran como sujetos de algún tipo de derechos sociales, la intervención social con las migrantes marroquíes sin papeles está condenada al fracaso de antemano. Pero, incluso aunque se reconocieran esos derechos sociales mínimos, tampoco está asegurado el éxito pues estamos hablando de mujeres que desarrollan sus actividades en un mercado de trabajo informal.

## AGENCIA Y LÍMITES DE LA AGENCIA DE LAS TRABAJADORAS DEL SEXO MARROQUÍES

*«La mujer en la literatura religiosa, mística, cortés u otra nada tiene que ver con la mujer real y menos aún con la contemporánea, a pesar de la insistencia de los imanes en confundir ambas. Lo que caracteriza al islam, si se lo compara con las sociedades de tradición judeocristiana, es su independencia en erigir el ideal religioso en ley, fundando de ese modo una teocracia. Y en cualquier teocracia, musulmana o no, la mujer real no tiene lugar. Únicamente la ley puede integrarla en un ideal elaborado lejos de la tierra, en un cielo exclusivamente masculino. Dicha distinción entre mujer real y objeto de discurso es fundamental para captar uno de los misterios de esta religión, su increíble dinámica, que subyace precisamente en la tensión entre un ideal imposible y una realidad ingobernable» (Aít Sabbah, 2000: 33).*

Desde nuestro punto de vista, las trabajadoras del sexo marroquíes son seres sociales con capacidad de agencia. Desde el acto de emigrar, que en muchos casos han

relacionadas con la integración de las personas en las diferentes áreas de la vida pública, incluyendo las posiciones más altas (Hernes, 199, 36).

<sup>8</sup> No conviene perder de vista que una aparente femocracia podría enmascarar la realidad dado que significaría que la toma de decisiones está en manos de las mujeres y, en la práctica, no lo está.

<sup>9</sup> Como señala Mestre, «el Estado español no regula por ley, sino por reglamento, el ejercicio y las limitaciones al ejercicio de este derecho. En segundo lugar, el Estado español no reconoce a la persona que se reagrupa como sujeto de derechos, lo que significa incluso renunciar a la pretendida universalidad de los mismos» (Mestre, 1999: 113). Refiriéndose a la L.O. 8/2000, Mestre señala que «los criterios utilizados por la LOE para reconocer derechos dividen a las personas entre productivas y no productivas en función del espacio (público o privado) en el que las sitúa la propia ley excluyendo de nuevo (principalmente) a las mujeres a las que sigue reservándose el ámbito privado. Este enfoque presupone al hombre como sujeto migrante por excelencia, en cuanto trabajador, y sigue pensando en la migración femenina fundamentalmente como una migración ‘de arrastre’ y sin derechos» (Mestre, 2001: 18).

<sup>10</sup> En el caso andaluz, los responsables de Asuntos Sociales han venido reclamando la intervención social a partir de la red de servicios sociales general. Carmen Hermosín explicaba esta posición en la clausura del Primer Curso de Formación para Trabajadores sociales celebrado en Marbella en del siguiente modo: «Creo que el conocimiento de estos movimientos migratorios en la Comunidad Autónoma es sumamente importante para todos los que trabajáis en los servicios sociales, sobre todo los que trabajáis en los comunitarios. Estoy convencida de que no debemos crear redes paralelas para atender a las personas que viven en un municipio, aunque sea de forma transitoria, sino que tenemos que utilizar fundamentalmente nuestra red comunitaria, que tiene que ser cada vez más fuerte y consolidarse en Andalucía; por lo tanto, no debemos pretender utilizar, ni

protagonizado solas o con una amiga, hasta el hecho de empezar a trabajar en un club, en una barra americana, en su apartamento o en la calle, las migrantes marroquíes que hemos entrevistado son sujetos responsables de su propia conducta, por lo menos hasta donde se puede afirmar lo mismo del resto de la población.

Eso quiere decir que en su caso también pesan las estructuras sociales. Evidentemente se ven presionadas por unas condiciones sociales que se derivan del marco social pre y post emigratorio. En lo que se refiere al marco social anterior a la emigración, hay que decir que ninguna mujer es socializada para trabajar en la prostitución y menos las que se reconocen como musulmanas. El Corán prohíbe explícitamente el intercambio de servicios sexuales con alguien que no sea el marido.

Por lo general, las jóvenes empiezan a trabajar en la industria del sexo tras haber emigrado, en una situación de falta de documentación. En ese período de toma de contacto con el nuevo paisaje social, casi todas las que nos han contado su 'historia' incluían el hecho de llorar y sentirse desgraciada en cuanto se empieza a trabajar en la prostitución. Nos hemos encontrado con jóvenes que se estaban debatiendo entre empezar, o no, a trabajar en la industria del sexo. La cuestión no era si les gustaba o no trabajar en un club, sino si podían o no hacer frente a sus necesidades económicas en una situación de indocumentación, de falta de conocimiento de la lengua y de falta de opciones laborales alternativas. Esta situación nos la explicaba una joven diciendo que en un momento tuvo que 'echarse la mano sobre los ojos' (taparse los ojos) para poder continuar. Malika, de 45 años, nos comentaba que al principio era difícil soportar la situación. Tomar una copa, en estos casos, les ayuda a vencer un sentimiento de miedo y de vergüenza. El trabajo y el placer tienen tan poco que ver entre sí que Malika, que desarrolla la prostitución en su apartamento, nunca duerme en la cama que trabaja. Si algo caracteriza el entorno de las trabajadoras como Malika es la presencia de dos camas en el apartamento: una grande, para el trabajo y otra pequeña, para descansar y disfrutar.

La participación de las mujeres migrantes sin papeles en la industria del sexo está motivada por la falta de papeles y la alta rentabilidad que ofrece el sector<sup>11</sup>. Sobre todo en la primera fase de la experiencia migratoria, cuando se cuenta con deudas o con familiares en el país de origen a los que hay que apoyar económicamente, la participación de las mujeres en la industria del sexo les aporta unos altos ingresos.

*P: ¿Se ganaba dinero en los club?*

*R: Ganas dinero, ganas dinero. Pero, ahora, no tengo ni idea ya.*

*P: No, ahora ya, ya hace mucho tiempo.*

*R: Ya me quitao de esas cosas y, eso, malo, eso malo. Una trabaja de noche y ve cosas malísimas, pero como no tenemos papel, no tenemos nada, no tenemos más remedio. Yo querer trabajar y nadie querer meterme sin papel, sin ná. Y solamente en club en que puedes trabajar.*

*P: ... Ésa es la única opción.*

---

crear, redes paralelas sin que esto quiera decir que no sea necesario especializar o mejorar nuestros servicios sociales allí donde haga falta» (Consejería de Trabajo y Asuntos Sociales, 1994:12).

<sup>11</sup> Hay que tener en cuenta que en el trabajo doméstico como interna no se sobrepasan las 60.000 pesetas al mes, y hay empresas de limpieza que en la actualidad están pagando entre 200 y 300 pesetas la hora en Almería. Por otro lado, un servicio completo en la industria del sexo puede rondar desde las 5.000 a las 10.000.

<sup>12</sup> Como explica Jacques Solé, la prostitución, tal y como la conocemos hoy día en Occidente tiene su época

R: *La única opción.*

P: *Ésa es siempre la opción que hay, la última opción para las mujeres. No tienes otra posibilidad.*

R: *No tienes otra. Como... no sabes nada de. ...Antes, bien de cosas, bien de ropa, y cuando vengo aquí, no sé, no puedes trabajar en esa cosa, no puedes (Mouna).*

Como nos explica Mouna, que en la actualidad sobrepasa los 40 años y empezó a trabajar en la prostitución en Málaga, por un lado tenía que soportar el hecho de ser considerada como prostituta en España; pero, por otro lado, en Marruecos era reputada como agente capaz de resolver un problema económico familiar, capaz de triunfar en una sociedad que valora más los recursos económicos que el respeto a las normas convencionales sobre la feminidad. No se trata de jóvenes desvinculadas de sus familiares, sino de personas que asumen responsabilidades y toman la iniciativa para resolver problemas económicos. Mouna por ejemplo, tenía dos hijos en Marruecos a los que estaba enviando dinero. Esas responsabilidades le exigían disponer de solvencia económica para poder poner su situación en orden. Cuando lo consiguió, abandonó la industria del sexo y buscó trabajo cuidando a ancianos y echando horas en la limpieza. Se casó y en la actualidad es viuda de un español, por lo que está en proceso de conseguir la nacionalidad.

Pues para estas mujeres sólo en una segunda fase de la experiencia migratoria, si las necesidades económicas no son tan apremiantes, empiezan a plantearse la cuestión de su respetabilidad personal. Esa es la fase en la que actualmente se encuentra Sara:

*Yo quiero cambiar Almería porque no, no nunca (...) no comer, no vivir ni nada (...). La cabeza no quieren eso. No... yo trabaja mucho y se va a la casa muerta, muerta de trabajar. Aquí yo antes, cuando corriendo para arreglar papeles y mirando a gente vamos a trabajar y está bueno, mucho dinero, tranquila. Quiero dinero mucho, para eso no quiero dinero (risas). Trabajar de club no importa, trabajar almacén si importa, trabajar de restaurante también. Ahora club no, no me gusta para mí (Sara).*

El trabajo en la industria del sexo no es valorado por las mujeres que hemos entrevistado. Preferirían cambiar su actividad, pero eso no siempre es posible. Por un lado, son conscientes de que su cuerpo no permanecerá joven toda la vida. En el momento en el que crucen la treintena empezarán a devaluarse y, como consecuencia, tendrán que cobrar menos si quieren seguir vendiendo sus servicios sexuales. Por otro lado, se tienen que enfrentar a una vida donde carecen por completo de una red social al margen del trabajo. Pero lo más complicado son las carencias de protección legal y la estigmatización social. Por eso, las trabajadoras del sexo no consideran su permanencia en la industria del sexo como algo definitivo. Piensan que están de paso, hasta que les resulte rentable o hasta que encuentren a su ‘príncipe azul’ o una oferta de trabajo mejor.

A partir de ahí el abanico de posibilidades es enorme. Hemos encontrado mujeres que presentan problemas de alcoholismo, lo que les lleva a perder su atractivo sexual antes de tiempo, sin poder abandonar la industria del sexo. Otras consiguen encontrar un puesto con

de fundación en la época revolucionaria, y supone el paso de la figura de la cortesana a la de la prostituta de burdel en una zona periférica de las urbes modernas. Tiene que ver con el éxodo rural y la urbanización que acompañaron el desarrollo de la revolución industrial. Su éxito se corresponde con los fantasmas propios del imaginario sexual de los varones ‘modernos’: la higiene y el puritanismo (Solé, 1993: 24).



mejores condiciones laborales, como camareras, por ejemplo. Otras consiguen desarrollar su propio negocio. Otras han conseguido encontrar un marido. Y otras, por último, han abandonado el sector de la industria del sexo prefiriendo trabajar en la limpieza, en el servicio doméstico, en restaurantes, en envasadoras o en los invernaderos.

### ALGUNOS MALESTARES QUE HEMOS DETECTADO

1. El principal malestar de estas mujeres está relacionado con la ley de extranjería. De hecho, el no tener papeles es una de las razones que les lleva a introducirse en este mercado de trabajo informal. Hablamos de jóvenes endeudadas que no pueden acudir a una oficina de trabajo, carecen de una vivienda, desconocen la lengua y tienen miedo de poder ser expulsadas a su país de origen. En esas circunstancias la industria del sexo ofrece un sueldo que les permite ahorrar dinero para afrontar las deudas pendientes, y acceder a una vivienda aunque sea transitoria. Sin embargo, este es también el comienzo de un recorrido marcado por el hecho de moverse en espacios sociales informales o desregularizados, lo que significa que su contacto con los autóctonos va a ser mínimo y reducido a las interacciones con quienes se mueven en esta economía subterránea.

2. Otro cúmulo de malestares son los referidos a la sanidad. El asunto de las condiciones sanitarias o de la higiene pública no es ni mucho menos nuevo. La configuración actual de los lugares donde tiene lugar la industria del sexo, de ‘casas cerradas’, apartadas y al mismo tiempo circunscritas a las grandes aglomeraciones de ‘hombres’ tiene su origen en el tránsito hacia la sociedad moderna<sup>12</sup>. En las nuevas sociedades, las prostitutas «contribuyen a mantener el orden social y la tranquilidad de la sociedad» (Corbin, 1978: 15). Una buena parte de las sufragistas inglesas crecieron al calor de las luchas contra la doble moral social de su tiempo que permitía que sus maridos tuvieran acceso a un mercado sexual al tiempo que ellas, ‘santas o puritanas’, sufrían los contagios de enfermedades venéreas<sup>13</sup>.

El asunto de la higiene pública puede ser considerado como el enfoque característico de aquellos que defienden un mínimo reconocimiento de este ‘mal necesario’. Sin embargo, también puede ser considerado el trabajo en la industria sexual como una forma de integrarse en la vida social urbana caracterizada por la ‘higiene’. En este sentido, es interesante notar cómo para las mujeres que trabajan en la industria del sexo, aparte de la rentabilidad económica, valoran el hecho de poder llevar una vida urbana moderna, en lugar de trabajar en el campo y hacer el trabajo ‘sucio’ asociado a la agricultura<sup>14</sup>.

En todo caso, los malestares que las mujeres manifiestan de un modo más palpable tienen que ver con el uso de preservativos. Hay que decir aquí que, para la mayoría de las mujeres, el uso del preservativo no se lleva a cabo en la primera fase. La falta de información sexual previa<sup>15</sup>, unida a la confusión que conlleva el iniciarse en el terreno de la industria del sexo<sup>16</sup>, impide que tengan un mínimo de tranquilidad para poder preocuparse por las consecuencias de trabajar sin preservativo. A ello hay que unir el hecho de que hay clientes que prefieren que no se usen los preservativos. Sólo algunas de las mujeres que ya llevan un tiempo en la industria del sexo, como Amina, pueden empezar a plantearse la cuestión de su salud:

*«Al principio de llegar yo no sabía nada, he comenzado a trabajar sin protección. Ahora para mí el preservativo es una cosa obligatoria. Me lavo antes y después de la relación con un antiséptico,*



*cada vez que vuelvo a mi país consulto un ginecólogo, aquí (en Almería) no me atrevo, por si tengo problemas...» (Amina)<sup>17</sup>.*

Una de las condiciones que Amina, como otras mujeres, pone a sus clientes es el uso del preservativo. 'Esta es mi condición, quién no quiere, que se vaya', afirma. Sin embargo, ella misma nos cuenta que conoce a otras chicas que no usan preservativo. La falta de conciencia de prevención entre los clientes está sobradamente contrastada y tiene que ver con el hecho de que vivimos en una sociedad donde el control de la natalidad sigue siendo exclusivamente femenino<sup>18</sup>. Las razones, en el caso de las mujeres, tienen que ver también con el acceso material a farmacias o supermercados. Sólo en los clubs, y no en todos, existen máquinas expendedoras de preservativos. En algunos casos, nos han señalado que otro problema para el uso es el precio. Sobre todo para las que trabajan en la industria del sexo y que sufren problemas de alcoholismo o uso de otras drogas, si al precio se une el tener que desplazarse, la consecuencia es que no se usa.

El preservativo es el mejor medio para prevenir las enfermedades venéreas, al tiempo que previene de un posible embarazo<sup>19</sup>, pero no siempre carece de efectos secundarios. Para las mujeres que realizan el sexo oral con sus clientes, los preservativos que se encuentran habitualmente les producen reacciones bucales, por lo que tienen que elegir entre protegerse de una posible infección o resistir una alteración bucal.

3. Un tercer malestar que hemos detectado tiene que ver con la carencia de redes sociales debido a las condiciones de trabajo. El horario y el lugar donde se trabaja impide, en muchos casos, llevar a cabo una vida 'normal' por lo que el círculo de relaciones sociales de las mujeres es enormemente pequeño y restringido a los espacios y tiempos laborales.

Las trabajadoras del sexo son, en una buena parte, trabajadoras nocturnas. Eso significa que se suelen levantar a las cinco o seis de la tarde. Su jornada comienza en muchos casos a partir de las 20.30 y dura hasta las 6 o 7 de la mañana. Cuando se trabaja en un club, el dueño suele enviar un coche para recoger a las chicas, por lo que apenas tienen tiempo para levantarse, tomar un té y arreglarse. Eso nos lo manifiestan diciendo que su vida se reduce a su piso, el club y su piso.

A nuestro juicio, ésta es una de las grandes barreras que impone este mercado de trabajo de cara al desarrollo de relaciones sociales. Nuestras entrevistadas nos cuentan que están un tanto 'quemadas', o que están 'hartas' porque su vida 'siempre es la misma historia'. Las

<sup>13</sup> En el Reino Unido y en Irlanda, en los años sesenta del siglo XIX las mujeres, principalmente de la secta cuáquera, protagonizaron una serie de luchas en contra de la ley que el gobierno inglés impuso en 1864, por la que imponía la inspección sanitaria (y la reclusión) a las prostitutas a fin de que no transmitieran enfermedades venéreas a los hombres, particularmente a los de la armada (Luddy, 1993: 32-33).

<sup>14</sup> Entrar en un hotel con un cliente, en un bar, tomar una ducha, estar limpia y seductora, se opone aquí al trabajo en los plásticos o en las envasadoras, donde se suda, etc.

<sup>15</sup> Hay que tener en cuenta que para muchas jóvenes marroquíes, la información sexual que han recibido en Marruecos es prácticamente nula. Hablar de sexo, en el mundo musulmán, no es algo habitual en las escuelas. Al seguir vigente la idea de que las mujeres tienen que ser vírgenes para ir al matrimonio, se dificulta el hablar de prevención sexual. Las formas de transmisión del SIDA, por ejemplo, no siempre son conocidas.

<sup>16</sup> Como nos han explicado las mujeres, otro problema que tienen que enfrentar es su desconocimiento de las maneras de relacionarse sexualmente. Empezar a trabajar en la industria del sexo significa aprender cómo comportarse con el cliente, cómo satisfacerlo, etc, cosa con la que tienen enormes dificultades en un primer

relaciones afectivas se reducen en muchos casos a la relación con una compañera de piso o de trabajo, o con los clientes. Respecto a las compañeras, no siempre predomina un buen ambiente laboral. Suele haber bastante competitividad en el mundo de los clubs y en la prostitución de calle. Por eso, no es extraño que las mujeres marroquíes que trabajan en la industria sexual se enamoren de sus clientes, sobre todo al principio. Además de que ellos son los que podrían ‘salvarlas’ de ese mundo mediante el matrimonio, se da la circunstancia de que son de las pocas personas con las que ellas se relacionan. Este es el caso de Soraya, que tiene 30 años. Proviene de Oujda, su padre era comerciante, y tiene diez hermanos. Estudió en un colegio español hasta completar la educación secundaria. Lo que destaca en este caso es la falta de red social:

*«Tengo pocos amigos, y este ambiente... no es posible tener una pareja normal. La mayoría de los hombres son casados... No es posible una relación con un chico sin que te llame puta. Es duro. De momento sólo quiero trabajar, mirar por mí, y un día me gustaría tener una relación con alguien que no sepa nada de esto. Apenas salgo... me he llevado muchos desengaños.*

*-Se gana bastante, no?*

*-Es dinero fácil... Cuesta trabajo. Yo no soporto esto... el dinero se va enseguida, lo que pillas hoy se va mañana. Un trabajo honrado siempre queda. Te aborras tu salud. Esto no es más que mierda. Esto también es un vicio. Hay envidia y hay racismo... entre mujeres.*

*-Y con los clientes?*

*-También se nota. Algunos no aceptan marroquíes. Prefieren una española antes que una mora...*

*Yo, ahora, hombre que pillo, hombre que desangro. Voy a por todas, si tienen, si no tienen...»*

El principal problema que presentan los clubs es que las mujeres no tienen ningún contacto con la ciudad en la que viven, ni con otras personas fuera del club, los clientes, que son los principales interlocutores en su caso, le han jugado malas pasadas: promesas de matrimonio incumplidas, por ejemplo. Soraya, como muchas otras, está pensando comprar una vivienda, retirarse y buscar otro trabajo.

4. Lo anterior tiene que ver con el cuarto malestar que nos gustaría resaltar: la dificultad de acceso a otros mercados de trabajo. En parte por la falta de redes sociales con personas ajenas al mundo de la industria del sexo, y en parte por los ingresos que se obtendrían y

momento.

<sup>17</sup> Entrevista desarrollada en árabe. La traducción es nuestra.

<sup>18</sup> Es interesante observar que el principal método contraceptivo utilizado, en todos los países, es la píldora. Los preservativos sólo se han introducido de una manera generalizada entre los homosexuales y entre algunos grupos de jóvenes. Eso significa que los hombres heterosexuales apenas tienen conciencia de la necesidad de prevenir los efectos que se pueden derivar de algunas prácticas sexuales, asunto que están acostumbrados a que sus novias o esposas resuelvan por sí mismas.

<sup>19</sup> También hemos tenido noticia de embarazos no deseados entre las mujeres marroquíes que se dedican a la industria del sexo. Para las musulmanas, el aborto presenta serios problemas morales. Pero, además, hay que tener en cuenta que para abortar en una clínica privada hay que contar con suficiente información y dinero...

<sup>20</sup> Se nos ha dado el caso en una ocasión hablando con una senegalesa que se había dedicado a la prostitución, que al preguntarle por su nivel de estudios nos contestó que eso era una ‘cuestión privada’ tras lo cual nos interpeló diciendo que por qué queríamos saberlo. Le manifestamos que éramos sociólogas y que el nivel de estudios nos ayudaba a entender el medio social de procedencia, a lo que ella replicó que no entendía nada, pues si los españoles no la contrataban en otro trabajo más que los invernaderos, no veía por qué hacíamos esa pregunta.

<sup>21</sup> El caso del servicio doméstico es esclarecedor. Aunque se gana muchísimo más de lo que se ganaría en Marruecos, para las mujeres con una alta cualificación supone aceptar que su estatus social ha descendido. Por lo general estas mujeres serán mucho más críticas con las condiciones de trabajo y más reticentes a permanecer en unos puestos de trabajo infravalorados por la sociedad española y la marroquí.

<sup>22</sup> En concreto nos referimos a los estudios sobre las trabajadoras del sexo filipinas en Japón.

las dificultades legales, lo cierto es que las mujeres tienen muchos problemas para acceder a otros mercados de trabajo.

En la práctica, hemos encontrado en la industria del sexo almeriense mujeres marroquíes con diferente cualificación. Están, por ejemplo, las analfabetas que proceden del medio rural y que llegaron a España tras un repudio de su marido, pero están también las jóvenes de procedencia urbana, que han terminado la educación secundaria o que terminaron alguna diplomatura. Por lo general, no suelen acordarse de comentar su nivel de estudios<sup>20</sup>, pues al no disponer de un permiso de residencia permanente, no se plantean la posibilidad de convalidar su título académico para poder enviar su curriculum a las empresas españolas.

Eso significa que las oportunidades laborales están enormemente restringidas: en Almería encontrarán trabajo en las envasadoras, en los invernaderos o en el servicio doméstico. Sin embargo, hay que tener en cuenta que muchas de estas jóvenes provienen del mundo urbano y que, además, en algunos casos han crecido teniendo servicio doméstico en su familia. El hecho de trabajar en el medio rural o en el servicio doméstico, significa abrazar un status social más bajo<sup>21</sup>.

5. Un quinto grupo de malestares tiene que ver con problemas con los hijos, novios, maridos o clientes. En lo que se refiere a los hijos, hay que decir que en la actualidad los servicios sociales suelen intervenir para proteger a los menores. Sin embargo, es complejo delimitar lo que significa en la práctica que los niños estén bien o mal atendidos. El hecho de que la madre se dedique a la industria del sexo, no tiene por qué significar necesariamente que no quiera -e incluso no pueda- educar a sus hijos. Hemos encontrado casos en los que las madres suelen buscar las maneras para que sus hijos se integren en la sociedad. Los hijos, para muchas, suponen la principal razón de su existencia. En este sentido, los servicios sociales tendrían que potenciar más la línea de trabajo basada en dar ayuda y apoyo a las mujeres que se dedican a la industria del sexo en vez de potenciar prácticas que tienen que ver con la vigilancia y control que se derivan de la estigmatización social.

Los problemas con los hijos, sobre todo cuando el padre es español, adquieren en ocasiones la categoría de tragedia. Por ejemplo, una de las mujeres entrevistadas, Nabila, nos contaba que tuvo una niña con un guardia jurado de origen madrileño, con el que convivía. Tras el parto, el joven le comunicó que no quería reconocer a la niña porque Nabila era marroquí y sus padres no estaban de acuerdo con ese matrimonio. Pero, después de un año, el joven volvió a reclamar a su hija, amenazando a Nabila con que si no se la daba, conseguiría que la expulsaran de España porque no tenía papeles y, además, se dedicaba a la prostitución. En la actualidad Nabila tiene una hija que reside en Madrid y que no puede ver apenas. El padre y su familia han intentado, incluso, cambiar el apellido de la niña.

Otros malestares que hemos detectado tienen que ver con los novios, maridos o clientes y se refieren al uso de la violencia sexual contra las mujeres. En la industria del sexo, la violencia sexual está presente de muchos modos. La de los clientes no es algo habitual según nos cuentan, sino puntual, pero es muy difícil para las mujeres enfrentarse a ella, sobre todo, para denunciarla, dado el estigma social asociado a la prostituta y su situación de falta de papeles. Ese estigma social dificulta enormemente el hecho de denunciar una violación por ejemplo. Los malos tratos también son difíciles de denunciar ante una sociedad y unas autoridades que todavía consideran que el hecho de trabajar en la industria del sexo desautoriza a las mujeres a poner una denuncia por violencia sexual.

Nos gustaría traer aquí la experiencia de Mouna que, tras casarse con un español,

empezó a sufrir sistemáticamente malos tratos. Antes de casarse Mouna estaba trabajando en la casa de él hasta que le propuso el matrimonio. Pero una vez casados, el marido empezó a emborracharse y, según Mouna, tenía un amigo que le recordaba que ella se había dedicado a la prostitución. Como consecuencia, el marido solía gritarle y pegarle cuando volvía de la calle hasta el punto de que Mouna tuvo que iniciar los trámites para la separación.

*«Yo le digo, mejor, yo no estoy enamorada de él ni yo no tengo papeles, y no por papel tampoco. Quere estar con un hombre. Yo estoy muy cansada de todo, yo fue trabajando de toda clase. Yo querer estar tranquila en mi casa, como una mujer, como una señora. Y ha quedao con él. Él me queda conmigo muy bien, me trata a mí bien. Y, luego, cuando casamos, no sé, la gente que está calentando cabeza: que esa mujer no tienes que confiar, mujer mora, marroquinas muy malas, solamente quiere papel, solamente quiere tu dinero, quiere tus cosas. Y, luego, él, me pone... Siempre pelea conmigo, siempre pega a mí. Y él, un hombre mayor, no puede pegarlo. ...llorando, llorando  
P: Pero, ¿un hombre de setenta y dos años?*

*R: Setenta y dos años me deja mi cara [Risas] destrozada, y siempre pelea conmigo» (Mouna).*

Mouna inició los trámites de separación. Dió la casualidad de que su marido tuvo un accidente y en la actualidad cobra una pensión de viudez. Pero casos como el suyo aparecen también documentados en estudios sobre las trabajadoras sexuales que se casan en otros países, por lo que el fenómeno de los malos tratos tras el matrimonio puede que tenga una mayor extensión<sup>22</sup>.

En todo caso, la violencia que resisten las trabajadoras del sexo es cotidiana, y tiene que ver con el hecho de sentirse despreciadas como personas por parte de los clientes. Nos gustaría traer a colación aquí una cita de una prostituta de los años setenta, porque refleja la idea que muchas mujeres nos han manifestado de uno u otro modo.

*«He visto un poco de todo; por el momento, todavía constituye una experiencia para mí. He estado con todas las clases sociales, todos los tipos de hombres y me he dado cuenta de una cosa: los obreros son los que menos lata dan y los más correctos con nosotras; y además son ellos los que más nos dan. Por el contrario, todos los más altos, siempre los más cochinos, los más jodidos. Son ellos los que te tratan como mierdas. Son ellos los que te dicen: «vas a hacer esto, vas a ponerle así, me vas a coger así, te vas a mostrar así». Son ellos los que tienen las manías más extrañas. Aunque es normal, porque todos son tipos que tienen cenas, salidas, van a las boîtes, están con muchas mujeres, hacen fiestas a las que vienen a buscarnos, entonces necesitan siempre otra cosa. Algunas veces les pregunto por qué son así, pero creo que es a causa de eso, ya no saben qué inventar» (Jaget, 1975: 53-4).*

<sup>23</sup> Recordemos que en numerosas sociedades, entre ellas la española, era y sigue siendo costumbre en algunos casos, acompañar al joven de 'putas' como una forma de acceso a la masculinidad adulta.

<sup>24</sup> Hetaira es una ong madrileña que realiza sus actividades con las trabajadoras del sexo. En varias ocasiones hemos podido conversar y entrevistar a alguna de sus miembros. Lo que más nos ha llamado la atención es precisamente la ausencia de un programa concreto de acción, e incluso de unos objetivos perfectamente perfilados. Su 'programa' parece consistir en 'estar con y aprender de' la dinámica cotidiana. A su labor hay que unir el trabajo de otras ongs que, buscando la reinserción social de las prostitutas, también ofrecen un modelo de intervención social aunque en este caso más tradicional, puesto que se parte de la idea de que la prostitución no es un trabajo.

<sup>25</sup> La labor de Hetaira es básicamente un trabajo de acompañamiento. Disponen de un local donde las trabajadoras del sexo de la calle pueden pasar a conversar con otras mujeres. Han llevado a cabo exposiciones de

Esta mujer, como muchas de nuestras entrevistadas, no quiere decir que los clientes de clase alta sean los únicos que la tratan ‘como mierdas’. Habría que desarrollar más estudios sobre los clientes para poder establecer una tipología precisa. Sin embargo, sí nos parece relevante el hecho de que resalte que no la ‘respetan’. La falta de respeto a la que se alude tiene que ver con un tipo de violencia más o menos explícita, verbal, de los que piensan que las trabajadoras del sexo son mujeres despreciables y que se les puede decir y hacer cualquier cosa. En esta línea, las asociaciones de trabajadoras del sexo vienen reclamando algo parecido a una especie de ‘orgullo de ser puta’ o, si se quiere, reclaman su dignidad. El término ‘trabajadoras del sexo’ es un primer paso para poder caminar en esa línea. Como señalaba esta mujer,

*«Respecto a mí, me siento completamente normal, seguramente más que ellos. Incluso creo que si un día tuviese una niña y quisiese hacer este oficio, no se lo impediría. Por el contrario, la ayudaría, le explicaría trucos, cosas que yo he podido vivir (Jaget, 1975: 54).*

Pero en el caso de las trabajadoras del sexo marroquíes, la violencia anterior se suma en muchos casos al racismo. No es casualidad que en la actualidad las trabajadoras del sexo marroquíes desarrollen su actividad en locales donde trabajan exclusivamente marroquíes. De hecho, en las casas de citas más reconocidas del centro de Almería, apenas hay mujeres marroquíes. Como nos han manifestado en varias ocasiones, muchos clientes suelen elegir a la chica dependiendo de su nacionalidad.

6. Quizá el foco principal de malestares de las trabajadoras del sexo tiene que ver con el estigma social que soportan. Como se señala en el informe ASEP dirigido por Díez Nicolás, en España las prostitutas reciben un rechazo social sólo superado por los drogadictos (Díez Nicolás, 1998). Si en el futuro se combina el hecho de ser inmigrante marroquí y prostituta, el estigma social puede crecer enormemente.

El estigma social que sufren estas trabajadoras del sexo tiene que ver con la doble moral sexual que predomina en nuestras sociedades. Se condena el hecho de que las mujeres puedan llevar a cabo cualquier tipo de intercambios sexuales con alguien que no sea su marido y que, además, lo hagan a cambio de dinero. Mientras que los hombres parecen hacerse hombres –o alcanzan el culmen de su masculinidad– en cuanto acceden a servicios sexuales de mujeres a las que no les une el matrimonio<sup>23</sup>, las mujeres pierden su valor social como mujeres decentes en cuanto los reciben o los ofrecen, convirtiéndose en «adúlteras». Pero ese no es el único aspecto que motiva la estigmatización social. La ‘puta’ es una mujer que cobra a cambio de servicios, situación que las separa de las mujeres ‘decentes’, expertas en proporcionar cuidados a sus maridos o hijos sin que medie una relación contractual clara. A lo anterior hay que sumar el rechazo por ser migrante.

Es muy común olvidar que las trabajadoras del sexo no nacieron siéndolo. Que fueron socializadas en las normas vigentes respecto a la moral sexual vigente. Y también conocen cómo las sobrepasan los ‘respetables hombres de bien’ que se dedican a elaborar y hacer cumplir esas leyes. Ulla, que perteneció a ese movimiento de prostitutas de los años setenta, dejó escrito a este respecto:

*«¡si sigo siendo la misma!  
Dios mío, ¿dónde tengo una marca? ¿Dónde está esa desgracia?  
Todo lo que pude ser antes, todo lo que todavía soy, ¿no existe ya? ¿con qué derecho nos juzga esa*

*gente?... Porque todos esos guardias del orden, esos inspectores de policía, son el comienzo de la Gente, el comienzo de un juicio perpetuo, por defecto, acompañado de una pena máxima en su generosidad.*

*Esa noche me prostituí, de acuerdo.*

*Pero les demostraré a todos que soy antes que nada una mujer, que necesita ser considerada como tal, sin que le echen sobre los hombros el fardo de una vergüenza cuya responsabilidad tiene, al alcance de la mano, todo el mundo...» (Ulla, 1976:45)*

La cuestión del estigma social nos lleva necesariamente a cuestionarnos nuestra manera de interiorizar esa doble moral sexual. Quizá aquí se podría decir sin temor a equivocarse que «la realidad social no sólo está fuera de nosotros; está también dentro de nosotros, lo que no permite una separación total entre objeto y sujeto» (Hierro y Vazquez, 1999: 22). A este respecto, conviene resaltar lo que podríamos denominar como la regla de oro de las ONG que desarrollan sus actividades con las trabajadoras del sexo.

#### LA ‘REGLA DE ORO’ DE LAS ONG’S SOBRE EL CONTACTO CON TRABAJADORAS DEL SEXO.

En los países occidentales contamos con organizaciones de trabajadoras del sexo desde los años setenta. Algunas de ellas reivindican que es necesario descriminalizar el negocio de la prostitución, desplazando el debate desde las consideraciones morales a las condiciones de trabajo y a los derechos de las trabajadoras. En el terreno político, estos movimientos reivindican la tolerancia. Reclaman la autorrepresentación de las prostitutas y la alianza entre las mujeres prostituidas y no prostituidas. Pues, según Gail Petherson, la liberación de las mujeres está ligada a la liberación de las putas, ya que toda mujer puede ser considerada en un determinado momento como ‘puta’. Se propone aquí dar respuesta a la doble moral sexual que distingue entre buenas y malas mujeres, entre ‘mujeres decentes’ y ‘putas’, identificaciones que contribuyen a desvalorizar a las mujeres como agentes sociales. Como consecuencia, se afirmará que no es posible la liberación de las mujeres si la actividad de las prostitutas continúa criminalizada (Petherson, 1992:12).

En nuestras conversaciones con mujeres que pertenecen a organizaciones feministas españolas como Hetaira<sup>24</sup>, que trabajan con y para las trabajadoras del sexo, nos ha parecido que reclamaban una especie de regla de oro. Según nos cuentan, para llevar a cabo un acercamiento a estas mujeres lo primero que hay que hacer es vencer los estereotipos previos sobre la prostitución. Durante los inicios de Hetaira, como en los de otras ONG que han tratado de hacer un trabajo semejante, las mujeres que formaban parte de la asociación comenzaron por reunirse para conversar sobre sus ideas respecto a las relaciones sexuales y a la prostitución.

Sólo después de haberse confrontado con las imágenes y estereotipos sociales sobre las ‘putas’ se está en condiciones de comenzar un acercamiento a las mujeres que trabajan en este sector<sup>25</sup>. Las mujeres de Hetaira destacan cómo uno de los primeros prejuicios que hay que vencer es la manía de ‘salvar almas’ que subyace en los pocos programas de intervención social y en muchas de nuestras maneras de aproximarnos al mercado del sexo. Básicamente reclaman que es posible aprender y aportar algo a y con las trabajadoras del

fotografía y campañas de sensibilización pública en contra de la violencia y el estigma social contra las trabajadoras

sexo, sin necesidad de presionar a las mujeres para que abandonen un trabajo, sobre todo cuando ni siquiera se tiene a mano una alternativa laboral que pudiera resultarles aceptable. Desde este punto de vista, hay que empezar por trabajar en la línea de vencer prejuicios para conseguir que las trabajadoras del sexo puedan tener un mayor reconocimiento social que les permita poder plantear sus reivindicaciones laborales como cualquier otro grupo de trabajadores.

## REFLEXIONES FINALES

Si desde el trabajo social: «es necesario desarrollar un hilo argumental que nos permita reflexionar en la disciplina sobre las grandes cuestiones teóricas implicadas en el mismo: cómo se concibe a la persona con la que se trabaja, cómo se explica la realidad, cómo son las relaciones de poder... Se trata pues de explicar de acuerdo al contexto, poniendo de manifiesto una causalidad múltiple, y de comprender, respetando la peculiaridad y unicidad de los sujetos que están envueltos en la dinámica tratada» (Hierro y Vázquez, 1999:19), la intervención social en el sector de la industria del sexo sólo está pobremente esbozada.

La falta de programas de intervención social, de presupuestos y de trabajadores sociales conocedores de esta problemática, constituye en lugares como Almería una clara deficiencia del Estado de Bienestar. Aquí hemos resaltado seis focos de malestar entre las trabajadoras del sexo marroquíes que en la actualidad desarrollan su trabajo en esta industria: los que se derivan de la actual ley de extranjería, los que tienen que ver con las condiciones sanitarias, con la carencia de redes sociales, la dificultad de inserción en otros mercados laborales alternativos, problemáticas que tienen que ver con el mantenimiento de los hijos y la violencia sexual de maridos, novios o clientes y, por último, los malestares que se derivan del estigma social.

A nuestro juicio, estos focos de malestar no son sufridos exclusivamente por las mujeres marroquíes que trabajan en la industria del sexo. Los problemas que se derivan de la Ley de Extranjería son compartidos con otros trabajadores migrantes ‘sin papeles’. La falta de información sexual y de medidas de prevención de embarazos no deseados y de contagio de enfermedades sexuales conciernen no sólo a las trabajadoras del sexo, sino también a los clientes que consumen servicios sexuales. La carencia de redes sociales amplias es sufrida por otras mujeres migrantes y por las autóctonas que trabajan en ese sector, al igual que los problemas que se derivan de la violencia sexual y del estigma social. La intervención social tendría que realizarse simultáneamente en cada uno de esos frentes para que fuera realmente efectiva.

## BIBLIOGRAFÍA

AÍT SABBAH, F. (2000): *La mujer en el inconsciente musulmán*. Madrid: Ediciones de Oriente y del Mediterráneo.

del sexo. También han desarrollado campañas de reparto de preservativos.



- CONSEJERÍA DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES (1994): *La intervención con inmigrantes desde los servicios sociales comunitarios. Ponencias del curso de formación para trabajadores sociales celebrado en Marbella*. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Trabajo y Asuntos Sociales. Dirección General de Acción e Inserción Social.
- CORBIN, A.(1978): *Les filles de noce, misère sexuelle et prostitution*. Paris: Aubier.
- DIEZ NICOLÁS, J.(1998): *Informe A.S.E.P. Para el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (IMSERSO)*. Actitudes hacia los inmigrantes, en [www.imserso.es](http://www.imserso.es)
- EINSENSTEIN (Comp.), *Patriarcado Capitalista y Feminismo Socialista*. México: Siglo XXI.
- FRIEDAN, B.(1974): *La mística de la feminidad*. Madrid: Ediciones Jucar.(ed. orig. 1963)
- GAUTIER, A. y HEINEN, Jacqueline (1993): *Le sexe des politiques sociales*. Paris: Côté-femmes.
- HERNES, H.M. (1990): *El poder de las mujeres y el Estado del Bienestar*. Madrid, Vindicación Femenina.
- HIERRO, M.Y VÁZQUEZ, O.(1999): «Epistemología y trabajo social», en Gualda y otros (Comp.), *Epistemología, Teoría y Metodología de la investigación destinada a la intervención social*. Huelva: Universidad de Huelva.
- JAGET, C. (1975): *Una vida de puta*. Madrid: Ediciones Júcar.
- LUDDY, M. (1993): «Women and Contagious Diseases Acts 1864-1886» en *History Ireland*, Spring 1993, pp. 32-3.
- MESTRE, R.(1999): «Género e inmigración en el Estado Español. Discursos y derechos excluyentes», en *Sociología del diritto*, n.1, pp. 79-113.
- MESTRE, R. (2001): «Puntos de partida para la crítica feminista al derecho de extranjería». *Comunicación presentada a las XVIII Jornadas de la Sociedad Española de Filosofía Jurídica y Política* (Granada: 5 y 6 de abril de 2001). Material mecanografiado.
- MILLETT, K. (1995): *Política Sexual*. Madrid: Cátedra, Col. Feminismos. (ed. orig. 1969).
- PHETERSON, G. (1989): *Nosotros las putas*. Madrid: Talasa.
- SOLÉ, J.(1993): *L'âge d'or de la prostitution. De 1870 à nos jours*. Paris: Librairie Plon.
- ULLA (1976): *Ulla por Ulla*. Barcelona: Grijalbo.



